

La Sicilia y los sicilianos en ‘Epistole et Orationes quedam Cataldi Siculi’ de Cataldo Parisio Sículo

Sicily and Sicilians in Cataldo Parisio Siculo’s ‘Epistole et Orationes quedam Cataldi Siculi’

Francesca D'Angelo

Universidad de Cádiz (España)
dangelo.francesca94@gmail.com

* Este trabajo se inserta en el Proyecto de Investigación del Plan Nacional de I+D PGC2018-094604-B-C31 (MCIU/AEI/FEDER, UE).

Artículo recibido el 16/09/2020, aceptado el 12/10/2020 y publicado el 01/11/2020



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

RESUMEN: El artículo tiene como objetivo el análisis y comentario de una selección de 16 cartas que forman parte de la obra del humanista siciliano Cataldo Parisio Sículo *Epistole et Orationes quedam Cataldi Siculi*. Dichas epístolas se encuentran en la primera parte de la obra, impresa el 21 de febrero de 1500 en Lisboa (Portugal). El criterio de selección de los textos ha sido la relación de los mismos con Sicilia, bien desde el punto de vista temático, bien desde el punto de vista del origen de los destinatarios.

Palabra clave: Cataldo Parisio Siculo; Humanismo; Portugal; Sicilia

~

ABSTRACT: *This article aims to analyze and comment a collection of 16 letters that are part of the Sicilian humanist Cataldo Parisio Siculo's work Epistole et Orationes quedam Cataldi Siculi. These letters are included in the first part of this book, printed on 21 February 1500 in Lisbon (Portugal). The selection criteria about these texts was their relation with Sicily, both from the thematic point of view and from the recipients' common origin.*

Keywords: *Cataldo Parisio Siculo; Humanism; Portugal; Sicily*

1. BIOGRAFÍA DE CATALDO PARISIO SÍCULO. La historia de Cataldo Parisio Sículo empieza, como su mismo gentilicio indica, en Sicilia, probablemente en Sciacca, en 1455, fecha que se puede deducir de sus obras literarias tanto en prosa como en verso (Da Costa Ramalho y Oliveira e Silva, 2005, p. 9)¹. A este autor, en la opinión de una parte importante de los investigadores, se debe el origen de los estudios humanistas en Portugal, gracias a sus profundos conocimientos de la lengua latina y su intachable formación cultural.

A pesar de su lugar de nacimiento, poco se sabe sobre su infancia, salvo que fue alumno del humanista bizantino Constantino Láscaris en Messina antes de dejar la Sicilia para seguir en sus estudios universitarios (Marcocci, 2014). Tal y como afirma Américo da Costa Ramalho en la introducción a las *Epistole et Orationes quedam Cataldi Siculi* (1998, pp. 9-22), el apellido de Cataldo tenía que ser Parisio: de hecho, en el epistolario hay cartas dirigidas a algunos de sus familiares que se apellidan Parisio y, además, se aduce como prueba el hecho de que era un apellido bastante común en Sicilia.

Tras dejar su tierra en 1471, empezó sus estudios en Derecho en la Universidad de Bolonia, donde entró en contacto con la noble familia de los Malvezzi, cuya ayuda y protección pidió siempre durante su vida como testimonian las numerosas cartas presentes en su epistolario. En la segunda mitad de los años setenta, Cataldo intentó sin éxito obtener el cargo de rector de la Facultad de Derecho de la Universidad de Bolonia, si bien ese mismo año fue llamado a pronunciar un discurso titulado *Oratio habita Bononiae publice a Cataldo in omnium scientiarum, et in ipsis Bononiae laudes*, donde se lee que, en pasado, estuvo a punto de prestar servicio en la corte de Fernando, rey de Nápoles, y que estaba trabajando en una obra poética sobre las ciudades italianas de la cual, lamentablemente, no se sabe nada más (Marcocci, 2014).

Cataldo permaneció un tiempo bastante largo en Bolonia, durante el cual es muy probable que se dedicara a trabajar también como maestro de retórica y de latín. Después de dejar Bolonia sin acabar la carrera, terminó sus estudios de Derecho en la Universidad de Ferrara el 21 de febrero del 1484.

Después de un periodo de dificultades económicas y laborales a nivel académico, se le presentó la posibilidad, a través de Fernando Coutinho, de irse a Portugal en calidad de *orator regius*, o sea, trabajando como secretario y orador oficial del rey de Portugal, don Juan II de Aviz. Esta situación se reveló como la ocasión que otorgó a Cataldo la oportunidad de darse a conocer en el panorama cultural luso; en aquel momento tenía 30 años y empezaba una nueva etapa de su vida en Portugal, donde permaneció hasta el 1517, año al que se atribuye su muerte. Puede decirse que Cataldo fue italiano de nacimiento y portugués de adopción.

Entre todas las obras literarias que Cataldo compuso durante su permanencia en Portugal, sin duda, el epistolario es la prueba más evidente de su trabajo como secretario y orador regio. En efecto, entre los destinatarios hay cartas dirigidas a reyes, príncipes y cardenales extranjeros (*Ep. 1*, pp. 9-10). El epistolario está dividido en dos volúmenes según el esquema que sigue:

¹ En adelante, y salvo mención expresa de otra fuente, los datos referidos a la biografía de Cataldo Parisio Sículo remiten a los datos aportados por las ediciones de las *Epístolas* a cargo de Da Costa Ramalho y Oliveira e Silva (2005 y 2010), citadas en adelante como *Ep. 2* y *Ep. 1*, respectivamente.

α) El primer volumen se titula *Epistole et Orationes quedam Cataldi Siculi* e incluye un gran número de cartas (alrededor de 170) dirigidas a destinatarios varios y/o escritas por Cataldo de parte del rey Don Juan II, del rey Don Manuel y del príncipe Don Alfonso, y 4 discursos: *Oratio habita a Cataldo in aduentu Helisabeth principis Portugaliae, ante ianuam urbis Eburae*, *Oratio habenda coram Carolo Gallorum rege*, *Cataldi oratiuncula ad iudices in magna regia curiae Panhormi* y, finalmente, *Oratio habita Bononiae publice a Cataldo in omnium scientiarum et in ipsius Bononiae laudea*. Contiene también una lista de proverbios (presentes en la carta 163 dirigida al príncipe Alfonso de Aviz) y un epitafio (*Epithaphium pro Alphonso principe*, que corresponde al texto de la carta 159) compuesto como lamento tras la muerte del príncipe Alfonso en 1491, un año después de su boda con la princesa Isabel de Trastámara. Fue justo en ocasión de su llegada a Portugal cuando Cataldo escribió uno de los discursos contenidos en este volumen (el susodicho *Oratio habita a Cataldo in aduentu Helisabeth principis Portugaliae, ante ianuam urbis Eburae*). El colofón informa que el libro fue impreso en Lisboa por el impresor Valentim Fernandes el 21 de febrero de 1500, justo dieciséis años después de cuando Cataldo obtuvo el título de Doctor en Derecho en la universidad de Ferrara.

β) El segundo volumen se titula *Cataldi epistolarum et quarundarum Orationum secunda pars* e incluye un número inferior de cartas (alrededor de 70) y solo 2 discursos: *Oratio habenda coram Emanuele serenissimo rege ad Mariam serenissimam Portugaliae reginam, tunc primum Sanctaerenam ingressuram* y *Oratio habita a Petro Menesio comite Alcotini coram Emanuele serenissimo rege in Scholis Ulyxbonae*. También en este caso las cartas muestran una gran variedad de destinatarios; sin embargo, este volumen presenta la peculiaridad de que los destinatarios pertenecen todos al mundo de la nobleza y realeza portuguesa y, por lo tanto, comparten la misma nacionalidad². En el caso del segundo volumen, no está presente ni el lugar ni la fecha de impresión de la obra. Sin embargo, esta falta no representa un problema porque, de acuerdo con los acontecimientos históricos mencionados en las cartas, se puede fijar la fecha de impresión alrededor del 1513, unos años después de la publicación del primer volumen (Da Costa Ramalho, 1998, pp. 9-22).

En el epistolario Cataldo no solo ofrece informaciones sobre su actividad de orador y de secretario, sino también sobre su papel de profesor, tarea que tomaba muy en serio como testimonian los métodos, a veces violentos, que utilizaba con sus alumnos más jóvenes cuando no trabajaban satisfactoriamente. La estricta educación de Don Jorge es, en este sentido, un buen ejemplo del *modus educandi* de Cataldo. El siciliano se ocupó de educar a Don Jorge como si fuera su propio hijo recurriendo también a la ayuda de Doña Juana, la hermana del rey, hasta el 1490, fecha de su muerte, la cual no era menos rigurosa con el sobrino que el maestro. Gracias a este aprendizaje, Don Jorge se convirtió en un buen conocedor de la lengua latina hasta el

² Esta es la razón que aduce A. Da Costa Ramalho en el prólogo del segundo volumen de las *Epístolas* de Cataldo (2005, pp. 9-16): el autor motiva la decisión de publicar el *Cataldi epistolarum et quarundarum Orationum secunda pars* antes de la primera parte por el común origen portugués de todos los destinatarios.

punto que, cuando el médico alemán Jerónimo Münzer lo conoció por primera vez en ocasión de su visita a la corte de Don Juan se quedó muy impresionado por la facilidad con la que el joven príncipe se expresaba en latín, sosteniendo incluso que Don Jorge podría ser el digno heredero de su padre gracias a su sólida formación cultural³. El 25 de octubre del 1495 el rey Don Juan murió y Don Jorge, a pesar de la estima que tenía hacia Cataldo, no tardó en liberarse de los servicios y del control de su maestro, la que afectó bastante a Cataldo, quien no escondió su decepción en sus obras, tanto en prosa como en verso. Sin embargo, el nuevo rey, Don Manuel, supo darle a Cataldo prueba de su consideración llevándoselo de viaje a Castilla, la tierra de su mujer Isabel, hija de los Reyes Católicos. En ocasión de este viaje Cataldo tuvo el honor de ser presentado, gracias a Don Manuel, a su suegro, el rey Fernando el Católico.

Fue el mismo Don Manuel quien encontró dos nuevos estudiantes para Cataldo dentro de la nobleza portuguesa: Don Pedro de Meneses, quien justo un año después, en 1499, se convirtió a los once años en el segundo conde de Alcoutim, y su hermana Doña Leonor de Noronha, de nueve años. Tiempos después Cataldo reconocerá a estos dos jóvenes como sus alumnos más brillantes. En ocasión de las nupcias entre Don Jorge y Doña Beatriz de Bragança (gracias a las cuales el rey Don Manuel consiguió la reconciliación de esta familia con la Casa real tras el intento de conspiración por parte de Don Fernando, duque de Bragança y hermano del padre de Beatriz, el Señor Don Álvaro), Cataldo se reconcilió con su antiguo alumno, Don Jorge, quien, en aquel entonces, era maestro de la Orden de Santiago y Ávila y duque de Coímbra. Para festejar la boda recién celebrada, Cataldo compuso un *Epithalamium*, un poema nupcial en latín en el que se elogiaban los novios y sus progenitores. A partir de este momento la relación entre Cataldo y Don Jorge siguió siendo buena, tal y como testimonian las numerosas cartas presentes sobre todo en la segunda parte del epistolario del autor. De hecho, Cataldo se refería, obviamente siempre en latín, tanto a Don Jorge como a Doña Beatriz con palabras de afecto sincero. Una prueba ulterior de este cariño se puede leer también en el último de los poemas largos de Cataldo, *De Divina Censura et Verbo Humanato*, en el que el humanista se refiere a su exalumno como el más culto de los Maestros de los Órdenes Militares. En aquel tiempo, también por iniciativa del rey Don Manuel, Cataldo se convirtió en el preceptor de dos nuevos pupilos: Don Dinis, hermano menor del duque de Bragança Don Jaime, y Jorge, hermano menor de Doña Beatriz e hijo del Señor Don Álvaro.

Como se observa, además de ser escritor y secretario regio, Cataldo cumplió con el oficio de enseñante durante toda su vida pese a su inclinación por las letras (Marcocci, 2014). Ya se ha visto que la experiencia de preceptor con Don Pedro de Meneses y con su hermana, Doña Leonor de Noronha, –labor a la que se dedicó después de la primera ruptura con Don Jorge– fue increíblemente fructífera. De hecho, Cataldo mantenía buenas relaciones con la casa de los marqueses de Villareal, padres de sus pupilos, a los que dedicó muchas cartas de su epistolario: en una de ellas, dirigida a Don Fernando, el humanista hizo la primera defensa del latín humanístico en Portugal. Tanto Don Fernando como su mujer, Doña María Freire, estaban muy involucrados en el uso del latín como idioma en la corte: en este sentido, como declaró el humanista Salvador Fernandes, el latín era propiamente un idioma vivo en el palacio. No es extraño, por lo tanto, que los jóvenes, Don Pedro y

³ Para más información sobre la relación con Jerónimo Münzer, vid. Basilio de Vasconcelos (1932).

Doña Leonor, fuesen tan brillantes en el estudio del latín. Bajo la dirección de Cataldo, Don Pedro, a los 12 años, hizo un comentario en latín delante del senado de la Universidad de Lisboa y luego, a los 17 años, presentó un solemne discurso inaugural del año académico 1504-1505 ante la comunidad académica de la Universidad de Lisboa. Cataldo hizo alusión a este discurso, ya sea en la *pars segunda* del epistolario, como en su poema titulado *Visio Tertia* o *Terceira Visão*. Al igual que su hermano que, a pesar de ser un hombre muy culto y un mecenas digno de elogio, se distinguió también en el perfil militar y diplomático, Doña Leonor fue, en igual medida, una impecable latinista: entre sus obras merece especial atención su traducción en portugués de la *Historia Universal* del humanista italiano Marcantonio Cocci Sabellico, que fue publicada en Coimbra en 1555.

En los últimos años de su vida Cataldo, ya mayor y enfermo de gota, fue preceptor de Don Teodosio, hijo primogénito de Don Jaime y futuro heredero de la Casa de Bragança. Don Teodosio, que como su padre también fue alumno de Cataldo, fue un caballero famoso por su cultura y por su mecenazgo: a él Cataldo dedicó sus últimos epigramas encomiásticos que se conservan en la Biblioteca Pública de Évora⁴.

Es cierto que Cataldo no dejó de escribir durante toda su vida, tal y como demuestran los numerosos trabajos literarios que se le atribuyen. Es más, lo que se puede notar sin duda es que, muchas veces, el contenido de las cartas presentes en el epistolario se completa con lo que el autor comenta en sus obras poéticas y viceversa. Por lo tanto, ambos, el epistolario y los poemas, se pueden considerar estrechamente conectados entre ellos por su coherencia temática y de contenido, al tiempo que permiten desarrollar un cuadro más amplio del horizonte histórico y cultural en el que Cataldo ejerció su papel de hombre político y humanista.

2. "LA SICILIA Y LOS SICILIANOS" EN EL EPISTOLARIO DE CATALDO SÍCULO. Como ha quedado mencionado, Cataldo era originario de Sicilia y siempre mantuvo un estrecho vínculo con su tierra a pesar de haber vivido la mayor parte de su vida en Portugal. A este respecto se puede leer lo que Cataldo escribe a propósito de sus orígenes en *Ep. 1, 29*, una carta enviada al jurista Vasco Fernandes al que Cataldo pide una explicación por sus duras palabras hacia él. Sobre su tierra natal el humanista dice: "Non enim me genere animoue omnium utilissimum aut timidissimum Sicilia emisit!"⁵. En este pasaje la elección del uso reiterado de la negación permite al autor, mediante un hábil juego retórico, poner de manifiesto su valor, contrastando así la opinión negativa de su interlocutor. Esto se puede ver también en la carta *Ep. 1, 68* donde Cataldo, en el ámbito de una correspondencia con Don Pedro de Alcoutim, se refiere a su tierra natal con la expresión afectuosa "Triquetra illa mea", (o sea, "Mi querida Sicilia"): el término *Triquetra* es un sinónimo culto de *Trinacria*, el otro nombre con el que se suele hacer referencia a Sicilia.

En la primera parte de la obra *Epistole et Orationes quedam Cataldi Siculi* hay un número bastante elevado de cartas en las que aparecen referencias a Sicilia como lugar de origen de Cataldo y a sus conocidos sicilianos, algunos de los cuales eran sin lugar a dudas familiares del mismo humanista. Para realizar el análisis de

⁴ A este propósito, véase Da Costa Ramalho (2000).

⁵ "De hecho, Sicilia no me hizo salir como el más vil o el más cobarde de todos los sicilianos ni por nacimiento, ni por carácter." De no haber mención expresa, todas las traducciones en nota a pie de páginas son nuestras.

estos textos, se ha considerado oportuno comenzar con una tabla que permita esquematizar los temas principales de cada carta.

	Destinatarios sicilianos		Referencias a Sicilia
	Familiares	Otros	
<i>Ep. 1, 29</i>			X
<i>Ep. 1, 34</i>		X	
<i>Ep. 1, 35</i>		X	
<i>Ep. 1, 65</i>	X		
<i>Ep. 1, 67</i>	X		
<i>Ep. 1, 68</i>			X
<i>Ep. 1, 81</i>		X	
<i>Ep. 1, 85</i>		X	
<i>Ep. 1, 88</i>		X	
<i>Ep. 1, 89</i>		X	
<i>Ep. 1, 104</i>		X	
<i>Ep. 1, 112</i>	X		
<i>Ep. 1, 114</i>		X	
<i>Ep. 1, 117</i>		X	
<i>Ep. 1, 153</i>		X	
<i>Ep. 1, 162</i>		X	

Vistas anteriormente las menciones que hay en las cartas a Sicilia como lugar de origen de Cataldo, puede ser interesante focalizar ahora la atención en aquellas que tienen destinatarios sicilianos. Observando las cartas en cuestión se ha considerado oportuno hacer una división entre los destinatarios que pertenecen al entorno familiar de Cataldo y los que simplemente tienen en común con él el mismo origen siciliano. La mayoría de estas personas –que se reúnen bajo la categoría de “otros”– está compuesta por una densa red de humanistas, intelectuales, hombres de poder y religiosos, y son una prueba de que el interés de Cataldo por mantener vivos los contactos con Italia y, más precisamente con Sicilia, siempre fue fuerte y bien arraigado, a pesar de que el humanista se había establecido en Portugal. Sin duda, su papel de secretario real le permitió consolidar su posición de intelectual no solo en Portugal, sino también de hacerse reconocer sus méritos en Italia, donde, al comienzo de su carrera, no encontró un terreno fértil.

Las cartas que tienen a familiares de Cataldo como destinatarios son, en concreto, *Ep. 1*, 65 y *Ep. 1*, 67, ambas dirigidas a su primo, al jurisconsulto Francisco Parisio, y *Ep. 1*, 112, dirigida a otro primo del humanista, un tal Galieno. En *Ep. 1*, 65 Cataldo aprovecha la oportunidad de contestar a las preguntas de su primo sobre el ingenio literario y el nivel cultural de Don Dinis, el hermano menor de Don Jaime, duque de Bragança, para trazar un retrato de las cualidades de su alumno. La carta empieza con un elogio sobre la excelencia de Don Dinis, cuyo tono hace gala de los artificios retóricos de la hipérbole. La primera parte del elogio acaba en una frase que, sin duda, es una evocación de la máxima griega del καλὸς κἀγαθός (*Kalos kagathos*), o sea “guapo y honrado”. A este propósito Cataldo escribe: “Dixi semel in quadam epistola ‘turpis uultus, turpis animus’; nunc contra, ‘pulcher uultus, pulcher animus’”⁶. Este pasaje es muy importante, pues abre precisamente las puertas al *corpus* central de la carta, donde Cataldo no solo elogia a su pupilo, sino que también aprovecha la ocasión para elogiarse indirectamente a sí mismo mediante la exposición del programa de estudio con el que ha instruido y sigue instruyendo a Don Dinis: “[...] Tenebat aliqua grammatices rudimenta. Sed nos grammaticam, rhetoricam, poesiam, quaedam Augustini Hieronymique moralia interponendo, eodem simul tempore interpretaebamur, Fabii Quintiliani *Institutione* non seruata”⁷.

Ya anteriormente en la carta Cataldo ha evidenciado la rapidez con la que Don Dinis se involucró en el estudio de las letras llegando a niveles sorprendentes en muy poco tiempo (“Nondum tres praeterierant menses ex quo litteris dare operam ceperat”⁸) para un joven de su edad que solo tenía algunas nociones de gramática (cf. el pasaje que sigue: “Tenebat aliqua grammatices rudimenta”). A estos conocimientos Cataldo añadió también el estudio de la retórica, de la poesía y algunas enseñanzas morales de Agustín y Jerónimo, dejando fuera, de momento, las nociones presentes en la *Institutio Oratoria* de Quintiliano. A través de una metáfora, el autor compara la gramática con el pan, sosteniendo que, a pesar de que el pan sea un alimento fundamental, no se recomienda que sea la única comida presente en la “mensa”. Es más, mientras más delicias haya en un banquete, mejor éxito tendrá entre los participantes y no les resultará indigesto. Igualmente, el alumno que solo persista en la gramática no saldrá gramático porque, para tener una formación completa, hay que dedicarse a estudios diferentes y lo más variados posibles.

Para destacar los resultados de su método, Cataldo reafirma que este hábito funcionó con los tres *Portugaliae principibus*, es decir, sus tres pupilos más famosos: Don Jorge, el hijo natural de Don Juan II, Don Dinis de Bragança y Don Pedro, conde de Alcoutim⁹. A este propósito véase el pasaje que sigue: “Quam morem cum tribus Portugaliae principibus hactenus servavimus. Quantumque contulerimus, alii

⁶ “Una vez dije en una carta ‘feo de rostro, feo de alma’; al contrario, ahora ‘hermoso de rostro, hermoso de alma’”.

⁷ “Tenía algunos rudimentos de gramática. Pero nosotros explicábamos la gramática, la retórica, la poesía, interponiendo, al mismo tiempo, algunas enseñanzas morales de Agustín y Jerónimo, dejando fuera la *Institutio* de Fabio Quintiliano”.

⁸ “Todavía no habían pasado tres meses desde que él había comenzado a dedicarse a las letras”.

⁹ Para Da Costa Ramalho (*Ep. 2*, p. 235 y n. 143) el término *principibus* no se refiere necesariamente a los hijos de reyes, ya que la palabra *princeps* en latín significa cualquiera persona principal.

plenius decentiusque me auctore testabuntur. Verum huiusmodi praecipendi modus non aequè omnibus prodest, sed adultis praecipue et ingenio praestantibus”¹⁰.

Con esta frase el autor reitera su punto de vista a propósito del éxito de su método de enseñanza (*praecipendi modus*), afirmando que beneficia sobre todo a los adultos y a los dotados de talento. En fin, a través del artificio retórico de la preterición (esto es, “Quantumque contulerimus, alii plenius decentiusque me auctore testabuntur”), Cataldo se muestra consciente de su valor como preceptor, valor que se refleja en los resultados de sus alumnos. En la segunda parte de la carta, Cataldo vuelve a elogiar las cualidades de Don Dinis: el joven destaca por su talento, por su memoria, por sus buenas maneras, por su generosidad y espíritu cristiano más que nadie (“excellit ingenio quoscumque viderim, memoria quoscumque legerim; humanitate vero, liberalitate christianitateque quoscumque et viderim et legerim”¹¹). No es casualidad que las cualidades estén en orden ascendente llegando a realizar un clímax de fuerte impacto para el interlocutor de Cataldo y, en un sentido más general, para el lector posterior de la carta. El autor quiere decir que el joven, si bien se ha acercado desde muy poco tiempo a los estudios humanísticos, ya demuestra una cierta predisposición a convertirse en un hombre culto. Luego sigue un elenco de las personas que cuidan otros aspectos de la educación de Don Dinis: se mencionan a los Reyes de Castilla, al tío materno del joven, a su tutor Don Juan Mendes, al camarero personal Nuno Pereira y, por último, Gonzalo Mendes, maestro de danza. Incluso en el establo de los caballos hay gente bien educada, según la opinión del autor.

Todas estas personas contribuyen, a su manera, a la educación del joven. El pasaje final de la carta se caracteriza por un pequeño elogio del Rey Don Manuel, cuya mediación fue fundamental para convertirse en el preceptor de Don Dinis. Cataldo, dirigiéndose a su primo, le dice que tendría que mostrar gratitud hacia el soberano ya que le debe mucho y rezar a Dios para que Don Manuel viva durante mucho tiempo y rectamente (“Debes tu quoque, Francisce, huic tanto domino plurimum. Immo Deum ipsum totumque supernorum coetum summis precibus ante omnia arare te oportet, ut et diu, et recte vivat”¹²).

La *Ep. 1, 67* está nuevamente dirigida al primo del humanista, Francisco Parisio: también en este caso el *incipit* de la carta se caracteriza por el uso de la retórica mediante una interesante hipérbole: “Aut tu natus in Portugalia es et ignoras, aut saltem parentes tui hic nati educatique fuerunt, postmodum in Siciliam insulam casu aliquo migrarunt. Quid est hoc quod tantopere sollicitus sis huius patriae homines resque ab illis gestas novisse?”¹³.

¹⁰ “Y conservamos esta costumbre hasta ahora con los tres príncipes de Portugal. Y cuanto fuimos útiles para ellos, ¡qué los demás sean testigos de forma más plena y conveniente de lo que pueda hacer yo, que soy el autor! Sin embargo, es verdad que este modo de enseñar no beneficia a todos de la misma manera sino especialmente a los adultos y a los que se encuentran dotados de talento”.

¹¹ “Él supera en ingenio a todos los que he visto, en memoria a todos los que he leído, en buenas maneras, en generosidad y en espíritu cristiano a todos los que he visto y que he leído”.

¹² “Tú también debes muchísimo, Francisco, a este señor tan grande. Más bien conviene que supliques al mismísimo Dios y a toda su corte del cielo, con oraciones muy poderosas, que él viva durante mucho tiempo y rectamente”.

¹³ “O tú naciste en Portugal y lo ignoras o, por lo menos, tus padres aquí nacieron y se educaron y, enseguida, emigraron a Sicilia por alguna razón. ¿Cuál es la razón por la que tanto te preocupas en conocer los hombres de este país y las empresas realizadas por ellos?”

El tono exagerado de sus palabras permite a Cataldo focalizar la atención sobre lo que va a comentar. La curiosidad de su primo por conocer detalles sobre la nobleza portuguesa (más adelante el humanista se refiere al contenido de la carta anterior, la 1, 65, en la que Francisco Parisio preguntaba sobre la educación de Don Dinis) refleja la curiosidad del público que quiere conocer las acciones y los valores de estos seres tan inalcanzables. A pesar de la mención a Don Dinis, el protagonista de esta epístola es Don Álvaro¹⁴, tío de su querido alumno, que es presentado así: “Nunc autem de illustrissimo, prudentissimo, strenuissimo eius patruo - magno Alvaro - moneri postulas, de quo plura tum in rebus bellicis, tum in otio pauceque clarissime facta te audiuisse refers”¹⁵.

Cataldo introduce a Don Álvaro con un clímax ascendente que destaca en la estructura de la frase: el señor es muy ilustre, muy sabio, muy valiente tanto que – como dice el humanista un par de frases más adelante– él escribiría más rápidamente las memorias de los Reyes de España que las de las empresas de Don Álvaro. Las razones de esta conducta son muy claras: Cataldo afirma que no lo haría ni por amor hacia él ni por alguna esperanza, sino sólo por la razón y por el respeto de la verdad que lo obligan a expresar lo que siente por Don Álvaro o que necesita decirle (“ratio solum ipsaque ueritas, quid sentiam, quidue publice audiam uulgare manifestareque impellent”)¹⁶. Sigue la introducción una extensa digresión sobre Hércules y el retrato que las fuentes antiguas hicieron de él y de sus gestas. Estas secuencias son muy importantes, ya que abren las puertas a otro elogio de las cualidades de Don Álvaro. La mención de uno de los doce trabajos de Hércules (la captura del jabalí de Erimanto) es la ocasión para introducir las gestas militares de Don Álvaro. A este propósito Cataldo escribe:

Non habuit tot pilos Erymanthus aper, quem peremisse memoratur, quot hic noster Maurorum millia pro christiana fide uno proelio uictoriosissime prostrauit; siue in Africano bello quod sub Alphonso, Portugaliae rege, ab hinc uiginti et septem annis gessit; siue in Bethyco quod multos annos sub potentissimo Ferdinando, asperrime continuauit.¹⁷

El humanista se refiere a varias guerras que Don Álvaro condujo: en particular se mencionan las conquistas de Arzila y Tánger en el 1471, bajo el mando de Don

¹⁴A este propósito, véase Da Costa Ramalho (*Ep.* 2, p. 245 y n. 151), quien aporta informaciones sobre la vida de Don Álvaro, hermano del III Duque de Bragança, Don Fernando, ejecutado, en 1483, por conspirar contra Don Juan II. Don Álvaro era el tío de Don Dinis y ocupó altos cargos tanto en Portugal como en España durante el tiempo que estuvo allí exiliado, después de la muerte de su hermano. Para tener más detalles sobre la vida de Don Álvaro véase también la carta presente en *Ep.* 2, p. 42.

¹⁵ “En vez ahora quieres ser informado sobre su tío paterno, el muy ilustre, el muy sabio, el muy valiente, –el grande Álvaro– sobre el cual dices que oíste muchas gestas ilustres, realizad tanto en la guerra, como en la paz y en el tiempo de tranquilidad”.

¹⁶ “Únicamente la razón y la propia verdad me empujan a divulgar y manifestar lo que siento, lo que públicamente me atrevo a decir”.

¹⁷ “No tuvo tantos pelos el jabalí de Erimanto, que se dice que él (Hércules) mató, cuantos (tuvieron) los miles de moros que este nuestro (Don Álvaro) ganó victoriosamente en un solo combate en defensa de la fe cristiana; o en la guerra de África que él hizo con veintisiete años bajo la guía del Rey Alfonso de Portugal; o en la guerra Bética, que él continuó arduamente durante muchos años bajo el mando del poderoso Rey Fernando.”

Alfonso V¹⁸, y la de Granada del 1492, bajo la guía del Rey Fernando. Después de señalar las batallas a las que Don Álvaro tuvo parte, Cataldo proporciona un breve retrato del hombre describiendo tanto las cualidades físicas como las morales:

Magnus est corpore, maior fortitudine, maximus sapientia. In bello Hector, in consilio Cato Censorius non falso esse creditur. Qui nunc quinquagenarius pulchro affabilique uultu adeo floridus est capillo etiam flauenti ut non ueteranus, fractis iam ossibus, e militia uenisse, sed ut tiro robustissimus militiam nunc primum petere uideatur. Referunt praeterea sui domestici (nam parua mihi cum illo consuetudo est) mirae esse in cibo potuque parsimoniae, et uini non solum potor non est, sed ne odorator quidem esse traditur.¹⁹

Este pasaje se abre con un paralelismo perfecto a través del uso de los tres grados del adjetivo *magnus*: cada uno de ellos se acompaña de un sustantivo que aumenta de importancia paulatinamente creando un clímax ascendente de notable valor. Como en el ejemplo anterior con la descripción de Don Dinis (cf. *Ep. 1*, 65), también en este caso el retrato de Don Álvaro sigue la fórmula del *καλὸς κάγαθός*: sus cualidades físicas se equiparan con las cualidades morales que posee en máximo grado (a este respecto, véanse las expresiones *maior fortitudine* y *maximus sapientia*). Entre las cualidades morales, Cataldo evidencia especialmente la moderación en el comer y beber, aspecto que recuerda mucho la máxima horaciana del *est modus in rebus*. En fin, el retrato que entrega el autor es el del buen comandante, que detenta este cargo por sus *virtutes* y su *moderatio*. No es casualidad que Cataldo haya elegido a Héctor y a Catón el Censor como referencias para aludir a las dotes de Álvaro tanto en las situaciones de acción como en las de reflexión. Cataldo concluye el elogio de Don Álvaro con la mención del episodio que sigue:

Hic est ille magnus Aluarus, ducis Bragantiae filius, regius consanguineus, quem – dum Malacam oppidum reges obsiderent – oppidanus maurus pro patriae liberatione Sevolam celebratissimum forte imittatus in castris sub ficta specie uulnerauit, ratus illum regem esse Ferdinandum, ob maximum comitum assidentiumque coetum et ad ipsius Aluari nutum seruientium.²⁰

¹⁸ Cataldo dedicó un poema, el *Arcitinge*, para celebrar las conquistas de Arzila y Tánger de 1498, mientras que esta carta se puede datar veintisiete años después, en 1498 (*Ep. 1*, p. 149, n. 149).

¹⁹ “Grande es de cuerpo, superior en la fuerza del espíritu, el más grande en sabiduría. Se considera verdad, no sin razón, que él es un Héctor en la guerra, un Catón el Censor en las decisiones. Y además él, aunque quinquagenario, con el rostro bello y afable, es tanto de aspecto radiante, con los cabellos rubios, que parece haber vuelto de la guerra no como un veterano con los huesos partidos, sino como un recluta vigoroso que todavía tiene que ir a la pugna por primera vez. Además, sus íntimos dijeron (de hecho, mi trato con él es muy pequeño) que es de una parsimonia admirable en el comer y en el beber, y dicen que no solo no bebe vino sino que tampoco huele a vino”.

²⁰ “Este es el famoso y gran Álvaro, hijo del Duque de Bragança, consanguíneo del Rey, el cual, por la libertad de la patria, mientras los Reyes Católicos asediaban la ciudadela de Málaga, un moro originario de la ciudadela, que estaba en el campamento bajo falso pretexto, lo hirió, imitando tal vez al famoso Escévola, pensando que fuera el Rey Fernando, debido a la enorme comitiva y grupo de hombres que lo asistían y lo servían a una señal del mismo Álvaro”.

La anécdota del espía moro es un detalle adicional con el que Cataldo quiere subrayar la fama de Don Álvaro que es tan grande cuanto la de los Reyes Católicos. Las buenas dotes físicas y morales de Don Álvaro no se reflejan solo en su personalidad sino también en la de su mujer, Doña Filipa, hija del Conde de Olivença, y de los numerosos hijos que tuvieron durante su matrimonio. Dentro de los herederos se mencionan en modo particular Rodrigo, sucesor de Don Álvaro, y su hermano menor Jorge, ambos descritos como poseedores de buenas maneras al igual que su padre. A ellos Cataldo dedica el dístico elegíaco con el que cierra la carta dirigida a su primo Francisco: “Ah quam sunt similes! Ah quam formosus uterque! / Plus tamen ex istis iste vigoris habet”²¹.

La *Ep. 1*, 112 representa la última carta con un destinatario siciliano que es también familiar de Cataldo: el hombre es un cierto Galieno, otro primo del autor. En base a las informaciones que se deducen del contenido, la epístola puede clasificarse dentro de una tipología de textos de carácter no enteramente oficial y con un tono que, en cierto sentido, es privado y confidencial. Ya desde el principio Cataldo se queja a su primo por ser tan lento en contestarle; de hecho, el *incipit* de la carta es un verdadero reproche mediante el cual el autor subraya la falta de atención por parte de Galieno. A este propósito escribe: “Nec solum de meis, sed ne de tuis quidem rebus quicquam scribis: quonam pacto uitam ducas, ualeasne an aegrotas; numquid Ferrariae an alibi permansurus sis; num quid et res meae istic prospere successerit. Fac quae de omnibus me cumulate moneas”²².

Cataldo ruega a su primo que le comunique lo que está haciendo y la condición de su salud porque quiere tener noticias de él. La carta se concluye con un último reproche a la ociosidad del destinatario: a través de una pregunta retórica Cataldo dice que no hay nada más lamentable que un médico pobre, inactivo y flojo (“Quid miserabilis medico paupere imperito et pigro?”)²³ y que, aunque está seguro de que es posible tanta inercia, de querer seguir viviendo así, mejor sería que entrara en una orden religiosa, donde se amoldaría a la ociosidad y a otros defectos de los frailes, un lugar común en la época del que habla también Erasmo (*Ep. 1*, p. 367 n. 235).

Como ha quedado señalado, además de las cartas que tienen a familiares de Cataldo como destinatarios, un nutrido grupo de ellas van dirigidas a otros sicilianos famosos, tanto a ilustres hombres de cultura o de la política coeva a Cataldo como a representantes del clero.

²¹ “¡Ay, cómo se parecen! ¡Ay, cuán hermosos son ambos! / Sin embargo, entre ellos, este tiene más vigor.” Cataldo introduce el dístico diciendo que está citando las palabras del divino poeta, sin mencionar directamente el nombre del autor en cuestión. A este propósito, en el volumen de Da Costa Ramalho, se aducía, en primer lugar, a Virgilio como “divino poeta”. Sin embargo, Da Costa Ramalho dice que, a pesar del hecho de que muchas veces los humanistas se refieren a Virgilio detrás de esta perífrasis, en este caso la búsqueda del dístico no ha producido ningún resultado: por lo tanto, él aduce la posibilidad de que el divino poeta es, en realidad, el mismo Cataldo. Consideramos interesante matizar este punto ya que la solución propuesta por Da Costa Ramalho no convence del todo: en efecto, tras una búsqueda en la base de datos de *Musisque Deoque*, se puede señalar que el autor al que Cataldo se refería es Ovidio, de quien provendría el pasaje, en concreto, de *Fasti*, 2 vv. 395-396.

²² “No solo sobre mis asuntos, sino tampoco sobre los tuyos escribes algo: cómo pasas tu vida, si estás bien o si estás mal, si, por casualidad, vas a quedarte en Ferrara; si acaso mis cosas, aquí, siguen favorablemente. Te ruego, por favor, que me informes de todo plenamente”.

²³ “¿Hay algo más miserable que un médico pobre, inhábil y flojo?”.

Las primeras dos epístolas de esta recopilación (la *Ep. I, 34* y la *Ep. I, 35*) tienen ambas en común el mismo destinatario, el famoso humanista Lucio Marineo Sículo, compatriota de Cataldo que enseñó en la Universidad de Salamanca y cuyo trabajo, según la opinión de sus contemporáneos, contribuyó a eliminar la barbarie goda (*Ep. I, p. 131, n. 80*). La *Ep. I, 34* es posterior al 1491, fecha de la muerte del príncipe Don Alfonso, porque en esta carta el autor dice que Don Jorge es el único hijo de Don Juan II. El texto tiene una estructura peculiar porque se compone de dos cartas: la primera, muy breve, es un mensaje de disculpa de Cataldo a Lucio Marineo Sículo por haber tardado tanto en contestar a su carta anterior. El tono usado es el típico de la *professio modestiae*. La composición retórica del pasaje demuestra la voluntad de Cataldo de sorprender a su interlocutor: “Tu humanior, diligentior et mei amantior: ego incultior, segnior ac silvestrior iudicandus sum. Qua re ignosce”²⁴.

Los adjetivos se disponen en un orden ascendente mediante un clímax que, en el caso de Lucio Marineo, refuerza la idea de su magnanimidad mientras que, en el caso de Cataldo, potencia su *professio modestiae* afirmando su rudeza. Después de la clásica fórmula de despedida, empieza la segunda parte de esta epístola. Por cierto, el párrafo inicial demuestra claramente que el tema tratado es diferente al del mensaje anterior:

Consilium de te quod tantopere efflagitas, etsi non uerum, fideli tamen et amicum accipe. Si diuitias cupis, ditissimam Venetiarum urbem petito ibique emorere. Si ad laudem, famam et breuissimumque fumum, quod poetis peculiare est, anhelas, reges tuos, sequere, aut saltem eorum curiam. Idque aliquo modo uocatus non tua sponte facias. Si utrumque, ut decet, philosophum, negligis, in patriam reuerte.²⁵

Cataldo contesta a Lucio Marineo, probablemente refiriéndose a unas preguntas que le había expuesto en otra carta, hecho que se puede deducir del contenido de su razonamiento. También en este caso la disposición de los argumentos sigue un orden: a través del artificio retórico de la enumeración, Cataldo revisa varios objetivos que Lucio Marineo podría alcanzar: el primero es el dinero, que sería más fácil de conseguir en Venecia; el segundo son el éxito y la fama, ambos importantes para los poetas, que él podría encontrar trabajando como poeta de corte para los Reyes Cristianos; en fin, el tercero, el más aconsejable porque es propio de los filósofos, sería alejarse del dinero y del éxito para volver a su patria. Este razonamiento sirve a Cataldo para introducir otro tema que lo preocupa mucho: la enemistad que se ha creado entre Lucio Marineo y Antonio de Nebrija, el mayor humanista español de su tiempo.

Cataldo considera esta animadversión un error muy grande porque, por lo que ha podido juzgar basándose en sus escritos, Nebrija es un hombre *prudens* y *eruditus*: por lo tanto, sería una equivocación no tenerlo como amigo y aún más tenerlo como enemigo (“non solum grande erratum est illum non amicum, uero multo maius inimicum retinere!”). Después de este elogio del lebrijano, Cataldo

²⁴ “Tú eres el más culto, el más diligente, el más cariñoso hacia mí: yo he de considerarme el más inculto, el más torpe, el más salvaje. Discúlpame por esto”.

²⁵ “El consejo que, a este respecto, tanto me solicitas, aunque no lo pidieras sinceramente, todavía acéptalo como consejo fiel y amistoso. Si exiges riqueza, dirígete a la riquísima ciudad de Venecia y acaba allí tus días. Si aspiras a la gloria, al éxito y a su brevísimo humo, cosa que es peculiar en los poetas, sigue a tus Reyes, o por lo menos a su corte. Y haz esto llamado de una manera u otra y no por tu voluntad. Si no tienes en cuenta ninguna de las dos cosas, como es conveniente para un filósofo, regresa a la patria”.

vuelve a reflexionar sobre la condición de su interlocutor: si Lucio Marineo quiere alcanzar la profesión de las Letras, no tiene que portarse como un soldado que va a la guerra, ya que, si pretende tener las dos cosas, o sea, la sabiduría y la milicia, no tendrá ninguna de las dos (“si utrumque, sapientiam et militiam, tibi uendicas, neuter es”). Concluye su tesis con una frase que se parece mucho a la estructura de una máxima latina: “Nihil fordius uiro togato quam inter contentiones, rixas et enses uersari”, es decir que no hay nada peor para un hombre de toga que vivir entre disputas, enfrentamientos y espadas. Luego, Cataldo pasa a hablar de sí mismo haciendo referencia a su condición de tutor y secretario para la corte portuguesa: aunque está lejos de su tierra, prefiere quedarse y morir en Portugal que vivir espléndidamente en cualquier otro lugar (“Hic vivam, hic moriar, immo –ut totum promam–, malo hic emori quam alibi magnificentissime uiuere”)²⁶. De hecho, no es pecado acumular riquezas que se han adquirido mediante un trabajo honesto y justo y aún menos cuando se hace un buen uso de ellas, actuando en línea con los preceptos cristianos. La parte conclusiva de la carta introduce una reflexión sobre Sicilia, patria común de Cataldo y Lucio, y en particular sobre los sicilianos: “Sed a Siculos reuertamur. Quid dicam? In eam nos Siculi plerisque Hispanis uenimus opinionem ut dictum Hieronymo tributum (quod adhuc nusquam nemini me legisse) saepe exprent, omnes insulani mali, Siculi autem pessimi”²⁷.

La cita de Jerónimo es un pretexto para añadir algunas consideraciones en defensa de sus compatriotas: incluso suponiendo que el autor tenga razón, pasaron muchos siglos desde la época de Jerónimo a la de Cataldo, así que cambiaron también las costumbres y los hábitos de la gente. Además, Cataldo afirma: “Nonne idem solum uno anno salutiferas herbas, altero inutiles spinas interdum producit?”²⁸.

Con esta metáfora el autor está diciendo que no se puede generalizar sobre la conducta de los sicilianos: como la tierra puede producir espinas en los mismos campos donde el año anterior salieron buenas hierbas, así puede pasar también con las generaciones de los hombres. A este propósito, mediante el artificio retórico de la preterición, Cataldo menciona sutilmente a los miles de oradores que, durante todos los siglos, trataron de contar las gestas, el arte, las ciencias y la santidad de los sicilianos. Justo por esto, quien ve maldad en los Sicilianos, no mira con atención porque se para solo delante de las apariencias:

Non aduertunt obtusi, rudes caecique, ex agris fruticosis, spinosis et asperis, maximos prouentus solere euenire, quotiens diligenti cultura runcantur, abraduntur, arantur et poliuntur. Aequos quoque, eos praecipue uiribus, cursu saltuque excellere uidemus quos ferociores peruersioresque in domando antea cognouimus. Euulsis enim eictisque naturae uitii, ipsae relucescunt uirtutes²⁹.

²⁶ “Aquí viviré, aquí moriré, además (para ser sincero) prefiero morir aquí que vivir espléndidamente en cualquier otro lugar”.

²⁷ “Pues, volvamos a los Sicilianos. ¿Qué podría decir? Tal es la opinión en la que venimos a ser para la mayoría de los Hispanos que a menudo nos censuran con un dicho atribuido a Jerónimo (el cual no recuerdo haber leído nunca hasta ahora), o sea: todos los isleños son malos pero los Sicilianos son malísimos”.

²⁸ “¿Acaso no es verdad que el mismo suelo produce, a veces, en un año, hierbas buenas para la salud y, al año siguiente, inútiles espinas?”.

²⁹ “Tontos, ignorantes y ciegos, no se dan cuenta que se suelen sacar máximos beneficios de los campos llenos de arbustos espinosos y salvajes siempre que, mediante un cultivo diligente, sean cosechados, rayados, arados y escardados. También con los caballos vemos que, cuando son domados, se distinguen por fuerza, carrera y salto los que antes conocíamos

El significado de esta metáfora es muy claro y permite a Cataldo subrayar su punto de vista: las virtudes de los sicilianos brillan a pesar de las dificultades, y la historia de su gente ofrece muchos ejemplos de esto a lo largo de las épocas.

La *Ep. I*, 35, dirigida también a Lucio Marineo Siculo, consiste en un pequeño mensaje de carácter privado que Cataldo envía al humanista para agradecerle la correspondencia que sigue teniendo con él a pesar de la lentitud con la que Cataldo le contesta. Además, le pide disculpas por tardar tanto en escribirle y dice que le enviará una epístola mediante un hombre religioso, un cierto Luis, para contarle más cosas. También en este caso la carta tiene una construcción retórica muy interesante: “Tu, Sicule, quotidie fere ad me scribis; ego Siculus raro, uel numquam rescribo. Tu laude magna, ego maxima uituperatione dignus”³⁰.

Como en el texto anterior, también aquí estamos delante de una *professio modestiae* en la que Cataldo quiere elevar su interlocutor sobre él: una prueba ulterior de esto se obtiene cuando se declara su imitador a partir de este momento (“Igitur me tui imitatore posthac experieris”).

La *Ep. I*, 81 representa un texto peculiar dentro del elenco de las cartas seleccionadas porque es una epístola que Cataldo escribió para el magistrado de Sciacca Don Lupo de Urreia y está dirigida al virrey de Sicilia. La ocasión en la que esta carta tiene lugar es una solicitud de ayuda al virrey de Sicilia para eliminar la piratería mora que sigue atacando a la ciudad de Sciacca. Se enuncian brevemente los delitos realizados por la piratería y las numerosas vejaciones que los habitantes de Sciacca están sufriendo por no tener medios adecuados para repelerlos. El tono de la carta es deliberadamente retórico para dar más relieve a los temas tratados y llega a su ápice en la parte final donde, mediante una *captatio benevolentiae*, Cataldo quiere obtener la ayuda recordando al virrey los méritos que tendrá salvando a un número tan grande de vidas humanas ante su comunidad y ante Dios. Cierra la carta una frase que recuerda el motivo evangélico del buen pastor: “Verum tu nostris precibus, sed tua sponte (ut bonum decet pasorem) ouibus tuis succurrere iam debuisses”³¹.

La *Ep. I*, 85 está dirigida a un tal Pégaso de Taormina y tiene la forma de un breve mensaje de carácter privado en el que Cataldo expresa su preocupación por la reputación comprometida de su interlocutor: “Doleo quidem de damno a te mihi illato, sed magis doleo de nomine tuo hic perditto, et de amicitii multorum amissis quas hic non leues retinabas. Propterea famae tuae honestitatie consuleres, si uenires”³².

En la carta el autor no explica la razón por la que Pégaso se encuentra en esta situación, simplemente se limita a aconsejar al hombre que se reconcilie con sus amigos para que no pierda su antigua reputación. El mensaje termina con una advertencia de parte de Cataldo en la que este recuerda a su interlocutor que si quiere ser un verdugo sonriente con los demás que no lo haga también con él portándose

como más feroces y pérfidos en domarles. Una vez arrancados y expulsados los vicios de la naturaleza, brillarán las propias virtudes”.

³⁰ “Tú, siciliano, casi todos los días me escribes: yo, siciliano, raramente o nunca te contesto. Tú eres digno de un gran elogio, yo de la máxima culpa”.

³¹ “En realidad, no por nuestras plegarias sino por tu voluntad (como es conveniente para un buen pastor) deberías ayudar a tus ovejas”.

³² “Lamento ciertamente el daño que me causaste, pero más lamento tu nombre aquí arruinado y las amistades perdidas de muchos que, en este lugar, conservabas como amistades no de poco valor. Por esto, favorecería tu fama y tu respeto, si vinieras”.

como un ladrón: Da Costa Ramalho, a este propósito, dice que, probablemente, Pégaso le debía dinero.

La *Ep. I*, 88 está dirigida a Giovanni Saccano Sículo: el nombre gentilicio, *Saccanus*, puede significar “originario de *Sacca*”, la misma patria que Cataldo, aunque en otra parte el autor usa el adjetivo *Saccensis* para referirse a su lugar de origen. También esta carta tiene un carácter privado: “Venerunt in manus meas litterae quaedam tuae, ex Sicilia nuper allatae quas te transmittito. Curaboque posthac si quae aliae superuenerint, ad te statim perferendas”³³.

Cataldo se refiere a una carta de Sicilia que ha llegado recientemente a sus manos y que tratará de enviar cuanto antes a su interlocutor. El tono usado por el autor demuestra una sólida amistad entre los dos ya que define Giovanni *amicus, compatriota, eruditus*. Asimismo, Cataldo se muestra dispuesto a ofrecerle su ayuda en caso necesario. Al mismo destinatario está dirigida la *Ep. I*, 114, cuyo carácter es privado como en el caso anterior. En la parte inicial del texto el autor exhorta a Giovanni a seguir siendo valiente de ánimo y fuerte sobre todo en las adversidades, refiriéndose a la pérdida de seres queridos, lo que había ocurrido en la vida de ambos. Cataldo, con palabras sumamente dolorosas, se dirige al amigo agradeciéndole el consejo que le ha dado para enfrentarse a las adversidades, a saber, entregar el dolor por la distancia de la patria y de los familiares a Dios para que les conserve a pesar de los golpes de la suerte. Más adelante, Cataldo habla de su voluntad de mudarse a Siena sobre todo por la amabilidad de los ciudadanos y de la ciudad entera a los que debe mucho. De hecho, durante su periodo de estancia en Italia antes de ir a Portugal, Cataldo vivió durante un tiempo de su vida en la ciudad toscana. Con mucha probabilidad esta carta se refiere justo al periodo en el que Cataldo vivía todavía en Italia en búsqueda de un trabajo en la Universidad de Siena como se puede deducir de este pasaje: “Excitabat me maxime amor et beneuolentia uiri excellentissimi et in tota Italia unci Bulgarini nostri. Ob has igitur causas quouis mediocri stipendio primo anno fuissem contentus, quia sperassem ipse die maiora me consecuturum”³⁴.

Bulgarino dei Bulgarini fue un famoso jurista italiano que trabajó como profesor en varias universidades, como Ferrara, Siena y Bolonia, así que no es imposible que Cataldo entablara amistad con él. La última parte de la carta se refiere a una recopilación de treinta epitafios escritos por el humanista en ocasión de la muerte de Bessarión Malvezzi, miembro de la noble familia boloñesa de los Malvezzi y querido amigo de Cataldo, que llegará a las manos de su interlocutor mediante un tal Romano Cherubino, citado en la carta. Las palabras conclusivas representan un elogio póstumo de Bessarión, hombre conocido tanto en Bolonia como en Roma.

La *Ep. I*, 89 está dirigida a una figura religiosa, un obispo que probablemente era el prelado de la ciudad de Caltagirone, como haría pensar el topónimo presente en el encabezamiento de la carta: el hombre es llamado *episcopo Hieronensi*, donde *Hieronensi* podría reconducirse a *Calata hieronensi*, o sea Caltagirone. Si la intuición es correcta, el destinatario de esta carta podría ser Dalmazio Gabrielli,

³³ “Llegaron a mis manos una carta tuya, venida recientemente de Sicilia, que te envió. Y, en el futuro, trataré de enviarte, inmediatamente, cualquier otra que llegue”.

³⁴ “Me animaban sobre todo el amor y la benevolencia de un hombre excelente y único en toda Italia, nuestro amigo Bulgarino. Por lo tanto, por estas razones, aun con un sueldo mediocre durante el primer año, yo estaría contento porque esperaré llegar a conseguir ingresos mayores en el mismo momento”.

obispo de Siracusa desde el 1469 hasta el 1511, como se puede leer en la cronología de los obispos de la ciudad: de hecho, en la época de Cataldo, la diócesis de Siracusa se ocupaba también de la comunidad religiosa de Caltagirone que se encontraba bajo su control. En la carta se hace referencia a la exhortación que el obispo hizo, probablemente en un mensaje anterior, a que Cataldo fuera a España y se dirigiera a la corte de Fernando el Católico, rey al mismo tiempo de España y Sicilia. Cataldo tiene mucha devoción por el prelado y, mediante una metáfora náutica que recuerda mucho al paralelo clásico entre la nave y la vida, afirma que, si tuviera la oportunidad de llegar al puerto que tanto anhela –o sea, la posibilidad de encontrarse en presencia del rey– no perdería la ocasión de correr hacia él con *apertissimis velis* y *afflantibus ventis*, es decir con las velas desplegadas y con el viento que sopla a su favor.

La *Ep. 1*, 104 se dirige a Marco Enense Sículo, un conocido de Cataldo con el que el autor mantiene una disertación a propósito del origen, latín o bárbaro, y del uso de la palabra latina *abitio*. Cataldo afirma que, en su opinión, la palabra es latina por esta razón que a continuación se aduce: “Ego quidem Latinum esse omnino censeo. Tale est enim ‘abitio, abitionis’ ex ‘abeo, abis’, quale ex ‘eo, is’, ‘itio, itionis’. Sed quia Latinus sermo consuetudine maxime constat, tamquam inusitata aegre admitterem”³⁵.

Sin embargo, en opinión de Cataldo, sería mejor usar, en lugar de las palabras ya citadas, otras palabras para indicar el mismo significado como “recessu”, “discessu”, “discessione”, “profectione”, de acuerdo con lo que escribe Horacio en el *Ars Poetica*, v. 70: “multa renascentur quae iam cecidere, cadentque / quae nunc sunt in honore uocabula, si uolet usus”³⁶. La repetición de la máxima de Horacio quiere decir que solo es el uso el elemento que establece la vida o la muerte de las palabras, pero esto no significa que un día esto no pueda volver a cambiar: de hecho, las personas, como las palabras, no siempre brillan con la misma salud y buena suerte.

La *Ep. 1*, 117 está dirigida a Antonio Melitense Sículo, un compatriota de Cataldo. También en este caso se trata de una carta privada: a través de una metáfora agreste, el autor alude a los temas del amor y de los negocios. El interlocutor está dividido entre el amor de dos mujeres que metafóricamente son dos *capillae*, o sea cabritas, pero Cataldo le dice que tenga mucho cuidado porque hay también un carnero que puede darle cornadas. A este propósito se coloca el pasaje de Teócrito de las *Bucólicas* que Cataldo cita en griego antiguo: “Cuidado con el macho cobrizo, el carnero líbico, ¡qué no te de cornadas!”. En la parte final de la carta se alude a un tal mercader de Génova que debe dinero a Antonio y para cuya recaudación Cataldo se queda a su disposición.

La *Ep. 1*, 153 está dirigida a André Barbazza Sículo. El tono del mensaje es bastante fuerte porque Cataldo reprocha a André el no haber atenuado la disputa que se ha formado entre Cataldo y Antonio Corsetti a propósito del rectorado de los Estudios de Bolonia. En este sentido, Cataldo censura la parcialidad de su interlocutor al declararse a favor de Corsetti, también siciliano, cuando, basándose en los orígenes, el hombre habría tenido que reconciliar a los dos en sus pretensiones hacia el rectorado de Bolonia (*Ep. 1*, p. 469, n. 302). Cataldo demuestra mucho

³⁵ “Yo pienso que esta palabra es totalmente latina. De hecho tal es ‘abitio, abitionis’ de ‘abeo, abis’, como de ‘eo, is’, ‘itio, itionis’. Pero ya que la lengua latina se forma sobre todo por el uso, difícilmente afirmaría que están obsoletas”.

³⁶ “Muchas palabras renacerán que ahora están muertas, y morirán las que ahora tienen prestigio, si el uso lo querrá”.

rencor hacia la actuación de Barbazza, sobre todo por el papel y la experiencia que tiene en virtud de su vejez. En contraposición a la conducta de Barbazza, Cataldo elogia la propuesta de un cardenal mantuano, cuyo nombre no se menciona y que, con mucha probabilidad, es Francisco Gonzaga (*Ep. 1*, p. 469, n. 305): el prelado había propuesto a Corsetti para enseñar a los estudiantes *ultramontanos*, es decir, a los extranjeros, y a Cataldo para los estudiantes *citramontanos*, o sea, los italianos. La epístola se concluye con una ulterior advertencia mediante la cual Cataldo no reconoce la autoridad de Barbazza y se pone en manos de Dios, padre igualmente de todos: “Tu faue utri maius. Deus est aequo omnibus pater. Nec uni pater, alteri uitricus »³⁷.

Por último, se analiza la *Ep. 1*, 162³⁸ que está dirigida a Próspero, médico y rabino de Trapani y amigo querido de Cataldo. En ella, Cataldo intenta convencerle para que se convierta a la religión cristiana. Próspero se convertirá al cristianismo posteriormente como dice Da Costa Ramalho (Da Costa Ramalho; Oliveira e Silva, 2010, p. 497, n. 332). La epístola se configura como una especie de misión por escrito hacia la conversión del amigo: los imperativos usados en el *incipit* de la carta son un claro ejemplo de esta *vis* persuasiva mediante la cual Cataldo trata de llamar la atención de su amigo: “expergiscere, expergiscere, Prosper! Erige tandem caput!”, o sea, “¡Despierta, despierta, Próspero! ¡Levanta la cabeza!” Desde el principio Cataldo se refiere a la idea de la conversión mediante el bautismo que representa el primer paso hacia la nueva vida cristiana: “Quid cessas caput totumque corpus sacratissima, purissima et uere salutifera lympha abluere?”³⁹. Sigue un largo pasaje en el que el autor, mediante una serie de preguntas retóricas, pide al amigo reflexionar sobre la inconveniencia de ser judío y, al mismo tiempo, le recuerda las expulsiones de los judíos de Alemania, Inglaterra, España, Francia y Sicilia. Esto es prueba de que Dios les está advirtiéndoles que se dirijan a la religión verdadera y dejen de una vez su obstinación. Cataldo cita la bondad de Don Manuel⁴⁰ que, como rey magnánimo y servidor de Dios, se une a la amonestación de reconducirlos por el buen camino. La labor de persuasión de Cataldo se dirige ahora a la exposición de argumentos bíblicos donde ya se hacía referencia a la llegada del Mesías (entre estas referencias, se encuentran *Is. 1*, 2-3; *Act. 8*, 32; *Sal. I*, 2, 2). Luego el humanista, para exhortar al amigo a dejar su fe, introduce el ejemplo de Pablo y Judas: mientras que Judas perseveró en el error condenándose a la ruina, Pablo no se negó a la posibilidad de salvarse. Cataldo reprocha la conducta de los judíos contemporáneos que, para escapar de las persecuciones, prefieren matar a sus familiares y suicidarse en vez de convertirse. Estos judíos se consideran como unos mártires modernos, pero Cataldo no está de acuerdo: los únicos mártires son los primeros mártires que sacrificaron sus vidas en nombre de la fe verdadera. En la parte final de la carta la

³⁷ “Tú defiende a aquel de los dos que prefieras. Dios es igualmente padre de todos. No es padre de uno y padrastro de otro”.

³⁸ Sobre el encabezamiento de esta carta y la reconstrucción del título, vid. Da Costa Ramalho (1983, pp. 34-35 y pp. 157-160).

³⁹ “¿Por qué demoras en bañarte la cabeza y todo el cuerpo en la linfa sagradísima, purísima y verdaderamente salutífera?”.

⁴⁰ Los acontecimientos de esta carta son anteriores al 1500 porque el primer libro de las *Epistole et Orationes* fue publicado en el febrero del 1500; por lo tanto, para obtener más informaciones sobre las persecuciones de los judíos a partir del 1506, vid. Da Costa Ramalho y Oliveira e Silva (2010, p. 499, n. 333), donde se habla de una *Crónica do Felicísimo Rei D. Manuel* de Damián de Góis.

invectiva se hace más grave: la obstinación y la ingratitud de los judíos se parecen a la conducta de los burros cuando, a pesar de las atenciones de su dueño, se portan mal con ellos dándoles patadas y mordiscos. Cataldo sabe que la naturaleza de los judíos es más dura que la del diamante: sin embargo, el sentimiento de amistad que lo ata a Próspero es tan fuerte que no puede evitar de intentar salvar el alma de su amigo. Las últimas reflexiones de la carta se refieren justamente a este deseo del autor: “Nullum esset pro bonis paradisi praemium, cum maximum sit futurum, et inferorum nullae essent, cum maximae sint, pro malis actionibus poenae, pro conseruando solum corpore et uitae honestate, quid melius, quid decentius nostra uiuendi lege exogitari potest?”⁴¹.

Por lo tanto, ya que la conversión podría llevarle hacia un camino brillante y verdadero, merece la pena hacerse cristiano: no por casualidad Dios, en su infinita misericordia, ofrece sus brazos y su pecho no a los justos sino a los pecadores.

Además de esta selección de cartas, se puede colocar la *Ep. 1*, 139, que forma parte del primer libro de *Epistole et Orationes quedam Cataldi Siculi*. El texto no es una epístola –y por esto no se ha tratado de la misma forma que las demás cartas– sino un pequeño discurso que se titula *Cataldi oratiuncula ad iudices in magna regia curia Panhormi*. Como el mismo título indica, el discurso se dirige a los jueces del gran tribunal de Palermo, a los que Cataldo exhorta a castigar a los culpables de un cruel homicidio de un hombre apacible e inocente que había ocurrido en Sciacca.

⁴¹ “Admitamos que no exista, por las buenas acciones, el premio del Paraíso (que debe ser muy grande) y que no haya castigos infernales por las malas acciones (a pesar de que fueran mayores), solo por salvar el cuerpo y la honestidad de la vida, ¿qué se podría imaginar que sea mejor y más conveniente que nuestra regla de vivir?”.

Referencias bibliográficas:

- Da Costa Ramalho A. (1983). *Estudos sobre o Século XVI*. Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda.
- (1988). *Para a história do Humanismo em Portugal, II*. Lisboa: Fundação Calouste Gulbenkian.
- (1998). *Para a história do Humanismo em Portugal, III*. Lisboa: INMC.
- (2000). Quatro Epigramas de Cataldo. *Humanitas*, 52, 287-296.
- De Goís, D. (1949). *Crónica do Felicíssimo Rei D. Manuel*. Coimbra: Imprensa da Universidade.
- De Vasconcelos, B. (1932). *Itinerário do Dr. Jerónimo Münzer (Excertos)*. Coimbra: Imprensa da Universidade.
- Marcocci, G. (2014). Parisio, Cataldo. En *Dizionario Biografico degli italiani*, vol. 81. Recuperado de: [https://www.treccani.it/enciclopedia/cataldo-parisio_\(Dizionario-Biografico\)/](https://www.treccani.it/enciclopedia/cataldo-parisio_(Dizionario-Biografico)/)
- Parisio Sículo, C. (1998). *Epistole et Orationes quedam Cataldi Siculi, ed. facsímil*, A. da Costa Ramalho (ed.). Coimbra: Imprensa da Universidade.
- (2005). *Epístolas. II Parte*, A. Da Costa Ramalho & A.Oliveira e Silva (eds.). Lisboa: INMC.
- (2010). *Epístolas. I Parte*, A. Da Costa Ramalho & A. Oliveira e Silva (eds.). Lisboa: INMC.